

# Segundo Concurso

# de Relatos Escolares Futboleros 2022



## Un concurso literario sobre fútbol en un año muy especial

El año 2022 ha estado marcado por una serie de hechos que difícilmente podremos olvidar. Pasamos de estar casi dos años en encierro obligado por la pandemia del covid-19, con clases virtuales en los colegios y en la educación superior, hasta volver a la «vida normal» en que las actividades presenciales son actualmente las protagonistas. Este proceso fue gradual y no tan sencillo, basta con recordar que recién en el mes de octubre las mascarillas dejaron de ser obligatorias.

Otro importante acontecimiento ocurrido este año fue el desarrollo del Mundial de Fútbol de Catar, que lamentablemente trajo consigo denuncias de personas fallecidas durante la construcción de estadios, vulneración de los derechos de mujeres y personas de la diversidad sexual y de género, acusaciones de corrupción y malas prácticas por parte de algunos jugadores.

En tal sentido, se torna relevante poner en valor el impacto positivo del fútbol en la sociedad: promueve estilos de vida saludable, incentiva el trabajo en equipo y el compañerismo, desarrolla la resiliencia frente a la adversidad, entre otros aspectos destacables. En suma, mucho se puede decir sobre el deporte más popular del planeta y mejor aún si lo expresamos a través de la literatura, con plena libertad para escribir sobre lo que ocurre dentro o fuera de la cancha, ya sean situaciones positivas o criticables.

Sin duda, el fútbol es una fuente importante de inspiración literaria. Con esta convicción, el Campus Santiago de la Universidad

de Valparaíso, Editorial UV y la Agrupación de Escritores de Fútbol de Chile IHE realizaron una convocatoria abierta a estudiantes de educación media —de 15 a 18 años— a participar en el «Segundo Concurso de Relatos Escolares Futboleros». La iniciativa, además, se enmarca en el Plan de Fomento de la Lectura 2022-2023 del sello editorial, financiado por el Ministerio de Educación mediante el proyecto UVA2193 «Iluminando el nuevo Chile a través del arte, la cultura y el patrimonio».

El jurado, al igual que en 2021, estuvo integrado por Jovana Skarmeta, de Editorial UV, José Antonio Lizana y Roberto Guidotti, ambos de la Agrupación de Escritores de Fútbol de Chile IHE. Por decisión unánime, se otorgó el primer lugar del certamen a María José Valenzuela, del Lycée Jean d’Alembert de Viña del Mar, por su texto «El sueño de ser feliz».

En tanto, el segundo lugar fue para Diego Bernal, del Colegio Árabe de Viña del Mar, por su relato «The Goal that Ended the World» y el tercero para Javiera Navea, del Colegio Santa Teresa de Jesús de Ovalle, por «La pichanga de la mala suerte». Asimismo, obtuvo una mención honrosa Yanira Cubillas, del Liceo Rafael Donoso Carrasco de Recoleta, por «Esa tarde de verano».

Desde el jurado comentaron que «este año recibimos relatos muy interesantes y de distintas ciudades del país. Las y los premiados destacan por la originalidad de sus textos y por tener estilos bastante distintos unos de otros. Es muy gratificante darse cuenta de que la pasión futbolera —tan propia de nuestro país— se pueda llevar a la literatura. Creemos necesario que las profesoras y profesores sigan motivando la lectura y la escritura desde los intereses y las pasiones que tiene cada estudiante».

¡Felicitamos a los ganadores y a quienes participaron en el «Segundo Concurso de Relatos Escolares Futboleros»!

Finalmente, les invitamos a disfrutar de la lectura de los relatos destacados de 2022.

**Valeria Scapini Sánchez**

Directora Campus Santiago  
Universidad de Valparaíso

## El sueño de ser feliz

La historia que les voy a contar no trata sobre mí. Es la historia de un ser querido que, a pesar de todas las complicaciones de la vida, pudo cumplir su sueño, ser futbolista. Ella es mi hermana, quien tuvo que luchar contra los prejuicios y el machismo para ser feliz. Qué complicado debe ser que tu familia, las personas que te rodean y más quieres, obstaculice tu desarrollo personal, pero así fue. Mi hermana mayor, Marta, siempre ha sido un ejemplo para mí y ahora me doy cuenta.

Desde chica fue muy disciplinada y valiente, cumpliendo con los deberes del colegio y con lo que pudiera ayudar a nuestra madre. Nos llevamos por cinco años; en la época cuando el voto femenino había sido recién aprobado, esta diferencia era notoria por los roles familiares y, pese a que Marta todo el tiempo me cuidó como una madre, toda mi vida la he considerado mi mejor amiga. Con un padre que llegaba por las noches, a veces de madrugada, y una madre trabajadora, empleada de una industria de lavandería, éramos siempre las dos. Nos íbamos caminando al colegio por las mañanas, y por las tardes yo la acompañaba a sus partidos amistosos de fútbol, ella era la arquera. Aun cuando, sinceramente, nunca me gustó mucho el fútbol, disfrutaba mucho ver su felicidad después de los partidos, a pesar de los problemas que teníamos en casa lográbamos escapar unas horas de nuestra realidad.

Al terminar cuarto medio comenzó a estudiar educación física, pero ahora que lo pienso nunca la vi del todo convencida de

querer estudiar esa carrera. En casa, que Marta hubiera entrado a una carrera como aquella era despreciable, porque podría haber estudiado cualquier otra mucho más «exitosa» como decía Luisa, nuestra madre. Yo tenía catorce años cuando escuché una gran discusión, durante la madrugada, entre mis padres y Marta. Ese fue el último día que compartimos pieza. Si bien fue muy difícil su ausencia, nuestra cotidianeidad siguió intacta. Aunque no sabía cuál había sido el motivo de su partida, la noté muy triste durante meses; lo único que la mantenía con fuerzas eran sus partidos amistosos diarios. Su equipo estaba conformado por seis hombres y una mujer, Marta. Con el paso de los años me fui dando cuenta de que no la trataban de la misma manera que se trataban entre hombres. Mi hermana siempre era la arquera, porque a ninguno de sus compañeros les gustaba esa posición, pero la opinión de Marta no importaba, ellos mandaban. A pesar de que no tenía otra posición en la que jugar, con el tiempo se encariñó mucho con su rol de arquera. A mi padre nunca le gustó la idea de que una mujer jugara un deporte que era para hombres, menos su hija, razón por la que nunca fue a ver uno de sus partidos.

Me había unido al centro estudiantil de mi colegio, tenía dieciséis años, cuando me di cuenta de que las mujeres estaban exigiendo derechos laborales e igualdad. Empecé a cuestionarme sobre situaciones cotidianas que no me parecieron correctas, las desigualdades entre los hombres y las mujeres. Como ¿cuál era la razón de que mi madre tuviera que trabajar todo el día, sin poder ver a sus hijas, mientras que nuestro padre se desaparecía por la noche o llegaba a una hora imprudente sin explicación?; o ¿por qué el fútbol no era un deporte para mujeres?; o que en el equipo de fútbol de Marta fueran mayoritariamente hombres; o que por ser mujer no tuviera la opción de escoger su posición.

Un día, en casa de Marta, comíamos nuestra comida favorita, fideos con carne, cuando le comenté todo lo que había pensado sobre nuestra realidad. Ella coincidió con todo lo que le dije, pero me dijo «no hay nada que se pueda hacer». Ese día, se me ocurrió que tal vez sí había algo que hacer, se podía formar un equipo femenino del barrio. Mi hermana siempre tomaba en cuenta mis ideas, pese a que no la convencieran del todo. Tal vez su ilusión de cumplir su sueño la impulsó a seguir con mi proyecto, más bien nuestro proyecto.

Las dos fuimos, casa por casa, en busca de un equipo de fútbol femenino. Sorprendentemente, más mujeres de las que creíamos, entre 18 y 24 años, estaban muy entusiasmadas en jugar un deporte que nunca se les había permitido. Con la ayuda de unas mujeres dirigentes del partido femenino de Valparaíso, el equipo se creó mucho más rápido de lo que creíamos. Se hizo un fondo solidario para los uniformes (eran con líneas verticales blancas y violetas) todas se veían preciosas. Y sin darnos cuenta, seis meses después de mi vaga idea, el sueño de la persona más importante en mi vida se había hecho realidad, no había cómo borrar su hermosa y gran sonrisa. A veces los sueños no están medidos por una escala de éxito o reconocimiento, simplemente cumplirlos es hacer lo que te haga feliz, sin importar lo que otros piensen. Para mí, la escala de sueños y éxito la construye el soñador. El mío se hizo realidad al ver a mi hermana, mi mejor amiga, mi confidente, plenamente feliz.

**María José Valenzuela Jofré**

Lycée Jean d'Alembert de Viña del Mar  
Región de Valparaíso

## The Goal that Ended the World

*Y todos esos años serán reducidos a instantes,  
tu conciencia carecerá de toda percepción.*

*Aquellos ojos que miran tras los tuyos perderán un latido  
y poco a poco no sabrás cómo volver.*

*Si tan solo pudieras escuchar,  
pediría que me miraras,  
daría todo aquello que poseo y más,  
porque de entre todo lo que temo y anhelo en esta vida, hay algo que va  
sobre mi alma,  
y es que necesito que esos ojos me vuelvan a sonreír.*

A veces no puedes siquiera imaginar ni recordar por todo lo que tuviste que pasar para llegar al lugar en el que ahora estás. Si hubiera sabido, si tan solo me hubieran dicho el futuro, ¿no me habría esforzado más? No lo sé, pero si es que sé algo en esta vida, tampoco sabría qué decir en verdad, no puedo mentir. Al menos siento que no lo he hecho tan mal, ¿no crees?

Las difuminadas luces sobre las lejanas gradas me atestiguaban, la borrosa niebla me separaba del mundo a donde mi corazón me llamaba, pero todos aquí me aclamaban, yo sabía que me querían aquí. Mi pulso retumbaba a cada paso que daba, lentamente seguía con la vista plasmada en el centro, gotas me cubrían e inundaban toda la cancha sin siquiera salpicar, de toda la lluvia cayó un balón y del chapoteo de mis pasos una onda

me golpeó de vuelta, y supe... que había comenzado. Atravesaba a todos como si fueran polvo, en suspensión caían como si el tiempo no quisiera seguir, las gotas esperaban a paso lento que siguiera desplazando aquella pelota fluyendo hacia la recta final, tal que cuando tuve mi oportunidad «pum», directo al centro, y estaba por celebrar hasta que devolvió mi pelota como si nada hubiera sucedido. Estuve así un largo rato «golpeando» el balón hasta atravesó aquello que lo detenía porque el arco había desaparecido. La pelota quedó flotando a lo lejos, la estuve apreciando girar lentamente sobre su eje un largo rato, me daba la ilusión de que iría a algún lado, aunque quizá no mentía porque la lluvia se la llevó de vuelta más allá de las brillantes nubes. La lluvia era cada vez más intensa, creaba un difuso manto que recordaba a todo, por lo cual chapoteo a chapoteo me devolví a ver aquel brillo en el centro de todo, la fogata contrastaba con un fuego que danzaba como si el viento se lo quisiera llevar, las cenizas brotaban junto a aquella melodía que nunca noté, mas siempre estuvo ahí, porque no vino de ningún lado, siempre estuvo en mí.

En el centro del fuego había otro balón, era completamente negro, intenté alcanzarlo, pero siempre rodaba hacia fuera del área, lo volvían a lanzar al centro, pero nunca se dejó tocar.

Recostado bajo el agua, veía cómo las gotas golpeaban la superficie, el pasto ondulaba sobre mi vista, abajo era cristalino aunque sobre mí todo era bruma, pero estaba aquí. Nunca cuestioné aquello con lo que llegué a este lugar, tampoco por qué siempre me animaron a seguir, era todo lo que vibraba sobre y bajo el manto del oleaje a mis pies, y yo sabía que cada gota me quería ver caer junto a ellas, por algo me mantenía erguido, no iba a quedarme aquí tendido, había venido por algo y me esperaban ahí fuera.

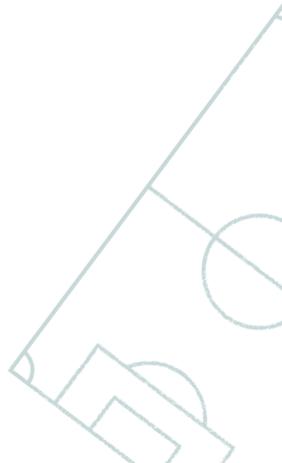
Aquel balón negro me miraba a lo lejos, difuso, prudente, pero inalcanzable, por consiguiente imaginé una pelota y me dirigí al otro arco. La cancha al instante se expandió en una amplitud infinita, dejé de escuchar los gritos, perdí la visión de las luces y solo me quedaba el centro, el cual temía dejar, porque no sabía si podría volver. Mi pulso retumbaba a cada paso que daba, se extendía profundo tras todo lo denso, el viento me empujaba pero la lluvia me abrazaba, levantando el agua, arrastrando aquel imaginario que resistía mis fuerzas, sentí al mundo caer como si perdiera la dirección, el agua se devolvía contra mí en forma de olas, el pasto se volvía cada vez más inclinado y la lluvia que alguna vez chocó contra el suelo seguía de largo mientras me ahogaba sujetado al pasto que ahora me mantenía afirmado en el nuevo cielo que había hecho de su chapoteo lluvia. Y ahí me quedé, viendo a las gotas caer de vuelta a las nubes, siendo una gota más, cuando el cielo desapareció para dejarme en suspensión absuelto de todo el tiempo, pasivo en una caída que me envolvía como a cada gota que surgía, y que tras caer, como todas, se volvían violenta y delicadamente una.

Y del suelo volví a nacer, una vez sobre mí mismo luché contra todo otra vez, las gotas volvían contra mí, seguían al viento, y este se perdía en la distancia de una mirada lejana a donde no volvería más. Con un último chapoteo me presenté frente a un agujero que esperaba su finalidad, con tristeza me despedí de mi imaginación y la dejé caer a donde mis ojos no podían llegar. El suelo no fue más, flotando miré al cielo y las nubes se volvían mi caída, la lluvia me llevó de vuelta, porque no había nada para mí en este lugar. Entre el vacío de mi conciencia, queda algo, mi madre. Lo hice, te dije que ganaría. Lo único que desearía... sería recordarte a ti.

*De todas las personas,  
de todas las cosas,  
eres lo único que importa para mí.  
Adiós, te amo.*

**Diego Bernal Cerda**

Colegio Árabe de Viña del Mar  
Región de Valparaíso



## La pichanga de la mala suerte

Las pichangas del pasaje siempre eran cuáticas, una batalla campal entre Los Iluminados, que vivían del lado del pasaje que tenía los postes de luz, y Los Malos de la U, que vivían del lado que no tenía poste (y casi todos eran chunchos). Un día se nos ocurrió hacer nuestra propia Champions y como no había más equipos que participaran, decidimos jugar cuatro partidos y el equipo que perdía le compraría un Kapo y un pastelito a cada jugador del equipo ganador.

El primer partido lo ganaron los chunchos, el segundo y el tercero lo ganaron Los Iluminados.

El cuarto y último lo ganaron Los Malos de la U. Teníamos que desempatar. El día de la final la pelota iba de un lado a otro, de pie en pie y de vez en cuando había algún cabezazo, pero los arcos hechos con dos piedras no recibían ningún gol. A la Rulo que era de los chunchos le llegó un pelotazo en medio de sus lentes como con 20 de aumento que se le partieron en dos y desde ahí los chunchos contaban solo con media Rulo en juego. Solo fue un rato de ventaja porque Los Iluminados también tenían medio jugador en cancha: el Antoine o el Tony que le decíamos, era francés, la cosa es que el día anterior se cayó jugando a la pelota en el colegio y se quebró el tobillo, pero aun así se metió a jugar con yeso y unas muletas, de vez en cuando se aprovechaba de la situación y les pegaba sus muletazos en las canillas a los del otro equipo y con el mismo artefacto casi mete un gol, pero justo la vecina del auto

bacán lo sapeó, y el Tito igual le atajó la pelota. La Toya no corría mucho, pero en una jugada tiró un pelotazo que iba directo al ángulo de los chunchos; era el gol del partido, pero el Shaggy, que era la mascota del pasaje, atajó la pelota en el aire y se la llevó. Corrimos a buscar la pelota y cuando la tomó el Tito y volvíamos a nuestras posiciones se le cayó, pero no alcanzó a recogerla: un auto que venía muy rápido la reventó.

Después de darle uno buenos chapes al Tito, nos dimos cuenta de que no teníamos balón, ninguno de nosotros tenía otra a excepción del Randy que siempre andaba con la pelota del mundial de Sudáfrica, pero justo ese día se la prestó a un compañero de curso.

Nuestra única opción era ver si la señora de la casa sin rejas nos devolvía alguna pelota. Esa señora nos tenía mala, pero bueno, en todo caso una vez le rompimos una ventana y en otra le rompimos una planta, aparte que siempre se nos iban los balones a su patio y ya estaba chata de abrirnos la puerta. Con todos los Avemaría y Padrenuestro rezados tocamos la puerta esperando una respuesta.

La Cami cachó que la señora estaba en el patio y sin previo aviso le preguntó si nos podía devolver una pelota y que nunca más la íbamos a molestar. La respuesta negativa llegó como si una ráfaga de viento nos golpeará en la cara, así que nos pusimos a jugar con una botella que encontramos, pero como era de vidrio a la primera patada se rompió y le cortó un poco la canilla a la Rosa.

Cuando pensamos que teníamos todo perdido, mi mamá salió a darnos unos jugos, nos vio tristes y nos contó que en su colegio cuando sus compañeros no tenían pelota hacían una bola de papel y la forraban con cinta. Nos terminamos de tomar nuestros juguitos y nos pusimos a juntar papel. Unos buscaban en la

basura y otros les pedían a los vecinos, incluso el Tony pasó unas pruebas con notas rojas y así juntamos lo suficiente y empezamos a forrar. La Tania era buena para el dibujo así que le hizo unos diseños bien bonitos a nuestro balón. ¿La pelota del mundial? Un poroto al lado de la nuestra.

Se reanudó el partido y el balón otra vez corría de lado a lado, de pie en pie. A veces las patadas iban y venían, pero daba lo mismo, estábamos jugando la Champions. Se acabó el tiempo y vino el alargue, lo mismo, cero a cero. ¿Los penales? La misma historia, aunque esta vez íbamos cuatro a cuatro, al menos gritamos unos goles. La Alexis (por Alexis Sánchez, pero en realidad se llama Martina) tiraba el desempate para Los Iluminados. La tensión se sentía fuerte en ese momento, tanto que hasta los vecinos se acercaron a ver. Todo nos parecía en cámara lenta y más para la Alexis. Le pusimos así porque nunca fallaba un penal, siempre jugaba con la siete y también era Sánchez. Retrocedió unos pasos y todos escuchamos ese suspiro de concentración, comenzó a avanzar y todos del equipo nos abrazamos, pateó el balón que terminó en las manos del Tito. El tiempo volvió a su velocidad normal, pero todos teníamos las manos en la cabeza ya cansados de tanto jugar. En eso la tía del negocio se pone en el medio y dice: «como el premio era un Kapo y un pastelito para el equipo ganador, los voy a invitar a todos a un jugo y un pastelito porque gané el concurso de La Mejor Marraqueta y además ustedes se lo merecen». El grito de alegría por la tía se escuchó en todo el pasaje y los vecinos fueron a felicitarla. Al final no teníamos tanta mala suerte como pensábamos y terminamos el día con nuestro jugo sentados en el parque hablando pequeñeces.

**Javiera Navea Rodríguez**

Colegio Santa Teresa de Jesús de Ovalle

## **Esa tarde de verano**

Misael está en el equipo KITOSHI y desde la mañana se dedica a practicar con sus compañeros de equipo porque el martes 7 de mayo tienen la competencia más importante del año. Él está muy emocionado, pues esta es su oportunidad de resaltar y ser el orgullo de su casa.

### **Lunes 6 de mayo**

Misael empezaba a sentirse tenso, el campeonato sería mañana en Santa Victoria. Ahora se hospedaba en un hotel que le dio el equipo; en este compartía cuarto con su amigo Lieth. Misael se puso ansioso, trató de practicar con normalidad, pero pasó de dar goles perfectos a darlos fuera del arco o en algunos casos el balón se iba. No sabía qué le pasaba, solo tenía en mente que podía fallar y eso lo aterró, aún más ahora: se sentía cansado, se le dificultaba respirar y de la nada todo se volvió borroso. Sentía cómo caía en el césped mientras en el suelo observaba una sombra familiar, pero no tenía tiempo para saber de quién se trataba, solo perdió el conocimiento y de la nada se encontraba en el partido. Todo se veía muy vívido, podía sentir que lo llamaban, tenía a todos mirándolo, gritando su nombre, todos lo adulaban, se sentía en la cima; mientras corría con aquel balón blanco y



negro todo parecía ser perfecto. Entonces quiso dar el primer gol y todo se volvió raro. De la nada todo estaba gris y sentía miradas de desaprobación con ojos juzgadores, pero no sabía por qué. Entonces dirigió su mirada hacia delante y entendió todo: falló el gol, el que se suponía de debería dar el pase a la victoria, lo falló. Tenía impotencia, rabia y sobre todo frustración. En ese instante, en el público gris observó a dos personas de colores vivos, su abuela y su mejor amigo Damián. Los dos, a pesar de su error, no lo juzgaban, y de la nada Lieth estaba a su lado con una sonrisa mientras tomaba el control del balón y corría. Podía ver cómo él también tenía colores y en ese instante se sintió seguro y siguió jugando mientras Lieth le daba el pase. Entendió que no tenía que ser el centro de atención pues eran un equipo, no solo él. Desde ese momento se sintió con energías, no todo era bueno, pero al menos logró dar el tercer gol mientras le faltaban otros dos más para llevar la delantera. No dudaba en que su equipo ganaría mientras le daba el pase al jugador 8 y este anotaba. Mientras pasaba el tiempo todo se fue desvaneciendo.

## **Martes 7 de mayo**

Ahora se encontraba en su cama. Mientras dirigía su mirada hacia arriba se encontró con Lieth un poco agotado; se dio cuenta que él lo cuidó y ese partido era un sueño, pero soñar no cuesta nada, así que le regaló una sonrisa y le dio las gracias mientras se iba a la ducha. Una hora y media después salió de esa ducha con las energías hasta los cielos. Bajó al primer piso del hotel mientras su amigo se duchaba, entonces pudo ver a sus compañeros nerviosos. Decidió calmarlos porque hoy era el gran día.

## 2:30 pm en el estadio de Santa Victoria

Misael estaba con la ropa del uniforme de su equipo. Mientras empezaba el juego puso en práctica lo que aprendió en su sueño: que no era el único en el juego, pues este deporte se debe de disfrutar en equipo y con sus espectadores. Así empezaron con los pases. Misael le dio el pase a su compañero número 9, el cual a su vez le daba el pase al número 5 y así sucesivamente. Al final, todo esto es un juego y deporte de estrategia en equipo. Pasaban 30 minutos y aunque sus oponentes, los AKISHI, son muy buenos oponentes, ellos también lo son, así que confiaba plenamente en su equipo KITOSHI. Mientras tanto el sudor se hizo presente, además de la agitación, pero sobre todo la emoción. En su momento logró anotar 3 goles, se sentía vivo, mejor que nunca; a su lado estaba Lieth que lo apoyaba en lo que podía. Este mismo le ayudó en los penales, pues era el mejor en eso. Al final de aquella tarde todo fue perfecto, su equipo ganó por 5 goles y 3 de diferencia con el otro equipo. Sin duda fue un gran partido. El equipo KITOSHI quedó en primer lugar con un premio que constaba en una copa de oro y medallas, además de un poco de dinero para el equipo. Para el equipo rival, medallas de plata. Estos se dieron la mano en modo de paz y luego de eso él sentía a la audiencia gritar el nombre de su equipo con felicidad. Sin duda esa tarde de verano lo marcó, pero nunca se arrepentiría de eso y esto lo tenía por seguro.

**Yanira Cubillas Tamayo**

Liceo Rafael Donoso de Recoleta

Región Metropolitana



▶▶ ORGANIZAN ◀◀



Proyecto UVA2193 «Iluminando el nuevo Chile a través del arte, la cultura y el patrimonio»